

FUENTES PARA EL ESTUDIO DEL CRISTIANISMO: LOS ORÍGENES

Master Ciencias de las Religiones, UCM- Ramón TEJA

2.¿CRISTIANISMO CRISTIANISMOS? DE JESÚS AL CRISTIANISMO

Tomo como punto de partida del estado actual de la investigación sobre los orígenes del cristianismo y la figura histórica de Jesús y los debates que ello ha provocado, especialmente en el mundo católico, esta especie de Manifiesto del investigador italiano Enrico Norelli:

“Ahora, después de que el péndulo ha oscilado en dirección hacia el interés atribuido a la literatura no canónica, éste gira hacia el extremo opuesto, hacia la recuperación del Jesús neotestamentario y cristiano -artificialmente reconstruido como una figura coherente a partir de documentos que ofrecen imágenes contrapuestas- con argumentos que, en parte quieren moverse en el nivel histórico-crítico, en parte -a pesar de declaraciones de intenciones en ese mismo sentido- se sitúan en un plano teológico que postula sin más la identidad del Jesús histórico con el Jesús recordado en la fe (Ejemplo eminente es el libro de J. Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*). Por el contrario, es quizá el momento de asumir con responsabilidad una investigación que intente substraerse lo más posible a la influencia de presupuestos teológicos y que, aun siendo conscientes del carácter siempre provisional de temas, métodos, procedimientos y resultados del trabajo que la comunidad internacional reconoce como científicos, se avance en el camino de la aplicación libre e ilimitada de la investigación histórica a las fuentes sobre Jesús y sus primeros seguidores, de la misma forma que consideramos legítimo aplicarla a las otras religiones y a todas las realidades del pasado humano” (En E. Prinzivalli, (a cura di), *L'enigma Gesù*, pp. 66-67)

Los temas a que alude en este pasaje Norelli y que trataré de abordar se reducen básicamente a tres:

1. Distinguir entre el Jesús de la historia y el Jesús de la fe.
2. Jesús no intentó fundar ninguna nueva religión.
3. Hasta el siglo III no se puede hablar de “cristianismo”, sino de “cristianismos”.

La Iglesia católica romana, la iglesia papal, es sólo una de las numerosas iglesias actuales que se consideran herederas de la doctrina de Jesús de Nazaret. Según Geoffrey Parrinder en *Breve historia del cristianismo*, Ed. Istmo, en el mundo de hoy conviven unas 2.000 confesiones que se dicen cristianas, la mayoría ciertamente muy minoritarias. Esta variedad y diversidad de Iglesias de algún modo no hacen sino repetir la situación que siguió en los primeros tiempos que siguieron a la muerte del gran profeta de Galilea. Uno de los grandes avances de la moderna exégesis histórico-crítica sobre los orígenes ha sido poner de relieve la gran variedad de cristianismos que convivieron durante más de un siglo por lo que hasta el siglo III resulta mucho más apropiado hablar de “cristianismos” que de “cristianismo”. Lo ha expresado muy bien el estudioso italiano Mauro Pesce: “Ante todo insisto en que no se puede plantear la pregunta de cuándo, dónde y cómo nació el cristianismo, si antes no se aclara de qué cristianismo se habla, si antes no se define históricamente cuál es el cristianismo que se quiere conocer...” (*Da Gesù al cristianesimo*, p.8; nótese que el título de su libro coincide con el del americano White, “*De Jesús al cristianismo*”).

El descubrimiento y valoración de la rica literatura de los primeros tiempos no recogida en el N.T. y que conocemos con el nombre de Apócrifos, nos ha abierto las puertas a esta gran variedad de “cristianismos”, es decir a las distintas interpretaciones que surgieron del mensaje y de la persona de Jesús y a volcar el interés de la crítica histórica sobre lo que denominamos el “Jesús de la historia” frente al “Jesús de la fe”, aunque también la figura histórica de Jesús y los diversos cristianismos se pueden percibir en base a una exégesis crítica de las obras del N. T.

Un ejemplo ilustrativo. En Hch 19,1-7 se narra que, cuando Pablo llegó a Éfeso, encontró algunos “discípulos” y les preguntó: “*Habéis recibido al Espíritu Santo al abrazar la fe?* Ellos le respondieron: “*Ni siquiera hemos oído que hay Esp. Santo*”. Él les dijo: “*Entonces, ¿con qué bautismo os bautizasteis?* Ellos dijeron: “*Con el bautismo de Juan*”. Pablo les dijo: “*Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento diciendo al pueblo que creyera en Aquel que iba venir después de él, es decir, en Jesús*”. Al oír aquello se bautizaron en nombre del señor Jesús, y, al ponerles Pablo las manos, vino sobre ellos el Esp. Santo, y hablaban en lenguas y profetizaban. En total eran unos doce”.

Este texto se ha prestado y se presta a múltiples interpretaciones:

1. Para el historiador demuestra la pervivencia de discípulos del Bautista unos 20 o 30 años después de su muerte.
2. Para los teólogos ha sido, junto con Hchos 8, 14-20 (infra) el principal argumento para justificar el sacramento de la confirmación, aunque se trata de una justificación a posteriori
3. Pablo bautiza en nombre de Jesús y del Espíritu Santo, pero no se menciona al Padre, como sucede también en el otro texto de Hchos que he mencionado: *“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaría había acogido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y Juan que bajaron y rezaron por ellos para que recibieran el Esp. Santo pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que sólo se habían bautizado en nombre del Señor Jesús. Entonces iban imponiéndoles las manos y recibían al Esp. Santo”*.
4. En ambos caso se ignora la fórmula trinitaria que aparece en Mt 28,19: *“Id y enseñad a todas las naciones bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Esp. Santo”*.

Otro ejemplo. Una gran parte del “movimiento” inicial de los primeros discípulos continuaba observando la Ley Judía. Sus miembros eran caracterizados despectivamente como los “pobres”, término que traduce “ebionitas”. Pobres, quizá, no tanto en sentido material como sicológico. Su figura más importante parece que era Santiago, el “hermano del Señor”, quien, según la “Memorias” del historiador cristiano del s. II; Hegesipo, *“tenía la piel de sus rodillas como la de un camello a consecuencia de permanecer durante tanto tiempo rezando en el Templo”*. De Hegesipo proceden también las noticias de que el poder se transmitió durante las primeras generaciones en la Iglesia de Jerusalén entre los miembros de la familia de Jesús, como si se tratase de un Califato (vide Cl. Gianotto, *Giacomo, fratello di Gesù*, Il Mulino, Bologna, 2013).

Ello requiere una breve consideración sobre el valor como fuente histórica de los escritos que conocemos con la denominación de “Apócrifos”: se trata de una serie de escritos de épocas, lugares de composición, géneros literarios y estilo muy diferentes. No resulta admisible preguntarse sobre la posible contribución de estos escritos al conocimiento histórico de Jesús por tratarse de textos no canónicos pues ello significa o presupone privilegiar a los canónicos: a los ojos del historiador el que sean canónicos nada tiene que ver con su fiabilidad como fuente histórica. La postura correcta es analizar cada texto y su posible aportación de material fiable,

sea canónico o no, pues lo contrario es una postura apologética y errónea desde el punto de vista histórico. Se entiende mejor citando algún ejemplo.

Los denominados “Evangelios de la Infancia” no contienen ninguna información fiable para el historiador, pero lo mismo sucede con las narraciones de Mt y Lc y, sin embargo se presta más respeto a éstas por razones teológicas. No existe ninguna razón para excluir como fuente histórica un dato por el hecho de que no aparezca mencionado en el N.T. : así Jn 7,5 dice que los hermanos de Jesús no creían en él antes de su muerte; por el contrario, el Ev. de los Hebreos, de en torno al 150, dice que Santiago participó en la última Cena (*Tomó el pan, lo bendijo lo partió y se lo dio a Santiago el Justo*) : no se puede excluir una u otra información por criterios que no sean exclusivamente historiográficos. Disponemos de tres Santiagos: el de Pablo en Gal 1,19 y 2,6-9; el de los Hchos y el de la Ep. de Santiago. Todos ofrecen imágenes parciales que coinciden en algunos aspectos y difieren en otros. Como principio, no se puede privilegiar el N.T. en cuanto fuente histórica frente a otras y lo ideal sería poder ser examinada su información en base a testimonios externos como sucede, en el caso de Santiago, con Fl. Josefo, Ant. Jud. 20, 200.

LA NATURALEZA DE LAS FUENTES: LOS “DICHOS” O *LOGOI*

El punto de partida de esta forma de abordar la primera literatura cristiana, canónica o apócrifa, es la constatación, de que Jesús no dejó nada escrito. Todo lo que sabemos sobre su vida y sus enseñanzas fue escrito por otros algunos decenios después de su muerte. La mayoría de estos escritores no fueron testigos oculares de los hechos y dichos de Jesús y, además, los transmitieron en una lengua diferente, el griego, de la usada por Jesús, el arameo de Galilea. Pero, aunque no fueron testigos directos, estos autores vivían inmerso en una rica tradición oral sobre las cosas que Jesús había hecho y dicho. De esta forma, surgieron múltiples representaciones o una pluralidad de rostros de Jesús, en parte semejantes, en parte diferentes, lo que posiblemente no hubiera sucedido si el propio Jesús hubiera dejado por escrito sus enseñanzas. Por ello cabe hacerse la siguiente pregunta: *¿Aquello que Jesús dijo mantuvo el mismo significado para las generaciones sucesivas?* La respuesta sólo la podemos dar intentando reconstruir, mediante el método histórico crítico, cómo fueron

comprendidas sus palabras y las modalidades con que fueron transmitidas. Sólo las colecciones de Dichos o *Logoi* o denominadas fuente Q (aunque incluso en esto algunos especialistas son escépticos) y el “Evangelio de Tomás” encontrado en Nag Hammadi ofrecen versiones breves y sintéticas de las palabras de Jesús sin añadir sin añadir consideraciones o interpretaciones teológicas y eclesiásticas posteriores de estas palabras. La libertad con que se transmitieron los Dichos de Jesús nos permite entrever una característica de las ideas religiosas de los primeros seguidores: *nos encontramos ante una experiencia religiosa para la cual la fijación por escrito y de manera exclusiva de las palabras en que esta experiencia se inspiraba no era esencial o no significaba una necesidad urgente*. Sobre los *Dichos* infra Apéndice I y II.

Por el contrario, los Evangelios que después recibirán la condición de canónicos insertaron sus palabras y discursos en unas estructuras narrativas de las cuales surgen imágenes diferentes de Jesús. Se da la paradoja de que *el género literario de los Evangelios constituye un primer distanciamiento del Jesús histórico y un primer paso hacia la **cristianización** de Jesús* (M. Pesce, *Le parole*, p. XXII). Por ello podemos hablar del Jesús de Marcos, o el de Mateo, el de Lucas o el de Juan. E incluso del Jesús de Pablo o el de Santiago porque también éstos se sirven ampliamente de palabras de Jesús, aunque generalmente sin citarle, para enriquecer su propio discurso y pensamiento, y muy especialmente el Jesús de Tomás. En los primeros decenios después de su muerte fueron surgiendo diversas interpretaciones o síntesis teológicas en las que da la impresión de que no cuentan tanto las propias palabras de Jesús como un discurso teológico, moral o religioso, más o menos sistemático, para adaptarse a las diversas circunstancias en que surge y se desarrolla la vida de cada una de la comunidades de seguidores: ambiente judaico, grecorromano, siriaco, etc. Es por ello que lo más apropiado es hablar para esta época de *diversos cristianismos* y no de un *cristianismo unitario*.

Con el paso del tiempo, las comunidades que respondían al *cristianismo* que terminó por imponerse como mayoritario eligieron entre algunos de los muchos evangelios existentes -los denominados canónicos-, los cuales, junto con las epístolas de Pablo, se convirtieron en la fuente principal para la interpretación teológica de la figura de Jesús. Pero otras tradiciones y escritos, aunque menos difundidos, no dejaron de existir ni de ser leídos. De ahí la enorme importancia histórica que revisten para los estudiosos de los orígenes los numerosos textos apócrifos y las palabras o *Dichos* atribuidos a Jesús y no conservados en los evangelios canónicos pues nos

ilustran sobre la multiplicidad de corrientes existentes en la época. De la riqueza de esta transmisión nos da idea la obra de M. Pesce, *Le parole dimenticate di Gesù* (A. Mondadori 2004) donde se recogen en torno a mil dichos o variantes de dichos no incluidos en los Evangelios canónicos.

Podemos afirmar, por lo tanto, con absoluta certeza *que los primeros cristianismos eran muy diversos de aquel que conocemos por el N. T.* Aunque ésta es una colección de escritos que han sido la base de una teología venerable e irrenunciable para las iglesias de hoy, el N.T. no es el único ni el mejor instrumento para conocer la realidad histórica de los primeros dos siglos del cristianismo pues es evidente que de la predicación y acciones de Jesús surgieron múltiples grupos de seguidores, cada uno de los cuales tuvo una imagen diferente del maestro y transmitieron de forma diferente tanto sus palabras como sus experiencias vitales. Podríamos hablar, por lo tanto, de Paulinos, Juanistas, Santiaguistas, Nazarenos, Ebionitas o Judeocristianos. Como indiqué anteriormente, al Jesús de Marcos, de Juan, de Mateo y de Lucas podemos añadir el de Tomás, el de Felipe, el del Evangelio de Pedro, el de los Egipcios, por limitarnos a los que mejor conocemos: baste recordar que el autor del Ev. de Lucas, escrito hacia el año 80, dice en el prólogo que antes de él otros “muchos” otros habían ya puesto por escrito “una narración de los sucesos ocurridos entre nosotros”.

Así, pues, hay que esperar hasta finales del siglo II para que se pueda hablar de un “cristianismo unitario”, que solemos denominar eclesiástico y otros prefieren el término de Paulino, basado de manera principal, pero no exclusiva, en el canon del N. T. Es la época, finales del II, inicios del III en que se constituye lo que los alemanes han dado en denominar la “Grosse Kirsche” o “Gran Iglesia”. La clasificación de las fases precedentes difiere según los estudiosos pero puede aceptarse ésta de M. Pesce que distingue cinco periodos y que básicamente coincide con la establecida por L. Michael White en el libro que lleva el expresivo título *De Jesús al cristianismo. El Nuevo Testamento y la fe cristiana: un proceso de cuatro generaciones* (Verbo Divino, Estella, 2007; nótese también la coincidencia en el título con el libro de Pesce, *Da Gesù al cristianesimo*, Morceliana, Bologna, 2013).

1. Aquella en que prevalece la transmisión oral de las enseñanzas de Jesús: desde su muerte a los años 60-70.

2. Aquella en que la transmisión oral convive con los diversos evangelios o escritos que transmiten las palabras de Jesús, pero aún prevalece la transmisión oral: desde los años 60 a inicios del siglo II.
3. Aquella en que es prevalente la transmisión escrita, pero aún no ha desaparecido la oral: desde inicios a mediados del siglo II.
4. Aquella en que comienzan a prevalecer en la mayor parte del Mediterráneo los evangelios canónicos: desde mediados a finales del siglo II.
5. Aquella en que se ha consolidado el N.T. pero ciertos escritos no recogidos en él siguen teniendo influencia en ciertos ambientes y lugares.

EL PROBLEMA DE LA TRANSICIÓN DEL CRISTIANISMO AL JUDAISMO.

“La transición o la transformación de una religión en otra es uno de los temas más delicados y complejos de la historia de las religiones. Especialmente en el caso de las religiones fundadas, cuando en el seno de una determinada tradición religiosa, por iniciativa de un personaje histórico, considerado el fundador, comienza a afirmarse una nueva propuesta que:

- O progresivamente se diferencia de la matriz de partida
- O, a través de un proceso más o menos largo y articulado desemboca en una religión nueva y autónoma.

El caso, quizá, más difícil y complicado de estos pasajes es del del judaísmo al cristianismo, y, además, el más estudiado.

El modelo que ha tenido más fortuna es el denominado de “la separación las dos vías” con discusiones interminables para determinar el momento cronológico o el acontecimiento determinante de esta separación. La mayoría de los estudiosos se inclina por los años sucesivos a la guerra Judía del 132-135 encabezada por Bar Khokba, la segunda gran revuelta después de la del 66-70. Si se acepta este modelo, resulta difícil poder hablar de “cristianismo” para el periodo comprendido desde la muerte de Jesús hasta estos años pero se plantea la cuestión de cómo denominarlo...

Más que pensar en un momento preciso para la separación, es más apropiado pensar en un proceso largo y complejo al término del cual, a partir de la matriz de partida, el rico y variado Judaísmo del “Segundo Templo”, emergen dos entidades distintas, no sólo religiosas, sino también culturales: el Judaísmo Rabínico y el Cristianismo. Pero, al tratarse de un proceso largo y complejo, existen variaciones en función de los grupos implicados, las regiones geográficas y las circunstancias históricas.

La denominación más prudente y adecuada es utilizar para este periodo expresiones propias de la época: Judíos/hebreos creyentes en Jesús o Cristianos de origen judío y reservar el término “Judeo-cristianismo” para un periodo posterior” Cl. Gianotto, “Dagli ebrei seguaci di Gesù all’antagonismo fra cristiani ed ebrei”, en E. Prinzivalli (a cura di), *Storia del cristianesimo. I. L’età antica (secoli I-VII)*, Carocci ed., Roma, 2015, pp. 69-71.

HEREJÍA Y ORTODOXIA

Debe tenerse en cuenta que la formación del Canon y la consolidación del cristianismo como religión diferenciada se llevó a cabo en un ambiente hostil caracterizado por las complejas relaciones con el judaísmo y con los cultos politeístas, y por la necesidad de atraerse a los gentiles y proporcionar a Jesús una identidad precisa, capaz de inspirar una fe suficientemente fuerte para superar las dificultades que se presentaban. A ello se añadieron los frecuentes y con frecuencia apasionados enfrentamientos con los otros “cristianismos” que terminaron por ser considerados como herejías. Pero para refutar estos y establecer la “ortodoxia” hubo que recurrir al establecimiento de instituciones estables, una jerarquía encabezada por los obispos, una guía o símbolo de fe, un conjunto de textos de referencia sagrados o inspirados y unos elementales medios económicos: todos estos elementos definen la denominada “Gran Iglesia”.

Durante casi veinte siglos se transmitió el estereotipo de una Iglesia primitiva unida en torno a un canon escriturístico sólido y bien definido que se remontaría a los apóstoles y a los primeros discípulos de Jesús y que sólo después se vio asediada por el surgir de ciertas herejías. Walter Bauer en una publicación fundamental de 1934, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei in ältestem Christentum* (“Ortodoxia y herejía en el cristianismo primitivo”) - por cierto, nunca traducida ni al español ni al italiano- dio un giro

copernicano a este paradigma demostrando precisamente lo contrario: muchas creencias que después fueron consideradas heréticas, en la Iglesia de los orígenes eran la opinión mayoritaria, es decir, ortodoxa. La conclusión de la obra es que la denominada herejía precedió a la después denominada ortodoxia.

Sin embargo, la doctrina oficial implantada en la “Gran Iglesia” a partir del s. III logró expulsar progresivamente los otros “cristianismos” o mantenerlos marginados e ignorados para la gran masa de los fieles que nunca han oído hablar de estas cosas. El olvido o la ignorancia fueron después reemplazados por otra política: la doctrina oficial ha reescrito y divulgado la historia de los orígenes como si las restantes interpretaciones no hubiesen existido nunca, como si la considerada “oficial” fuese la única heredada directamente de la doctrina de Jesús. Es así como nació la “teología”, la rama del saber que estudia la divinidad y orienta la fe de los creyentes. Aunque también hoy hay muchas teologías.

Son muchos los que se preguntan si esto ha sido un bien o un mal. La pregunta carece de sentido para el historiador, pero se puede decir que ha sido un bien o un mal según la perspectiva desde la que se analice. Un bien para la Iglesia que, gracias a esta doctrina, primero consolidada y después adaptada hábilmente a las circunstancias y a los tiempos, ha podido mantener y reforzar su poder, tanto espiritual como político y material. Un mal porque ha sido responsable de tantas crueldades y sangre derramada a lo largo de los siglos en nombre de un Jesús que ciertamente no ha sido el responsable. Los estudios modernos de los textos fundantes de la nueva religión han podido redescubrir la riqueza de interpretaciones de los primeros cristianismos, pero las ideologías no admiten rectificaciones y la supervivencia de una Iglesia institucional obedece a reglas que no son muy diferentes de las de cualquier otra institución humana.

Frente a las interpretaciones simplistas y oficiales, la exégesis histórico-crítica aplicada a los orígenes del cristianismo ha consolidado una serie de principios o hechos históricos que hoy casi nadie, ni siquiera los teólogos católicos, se atreve a discutir, aunque no siempre se atrevan a sacar todas las consecuencias:

- 1.El descubrimiento del Jesús histórico frente al Jesús de la fe.
- 2.Jesús no fundó ninguna Iglesia, aunque todas las Iglesias que después han venido le han atribuido su origen.

3. Jesús, ni era sacerdote ni era “católico”, era un judío “laico” observante de la Ley: ¿cabe imaginársele presidiendo una ceremonia en la basílica de san Pedro?

APÉNDICES

LOS DICHOS O PALABRAS de Jesús y el Ev Th.

“La enseñanza de Jesús ha llegado siempre a nosotros filtrada por los ambientes en que era recordada y transmitida: esto es válido tanto para el Ev Th (núcleo y añadidos) como para los Canónicos. En ninguno de los textos que nos han llegado nos es posible acceder a palabras o discursos auténticos de Jesús, puros, no adulterados. Sus palabras se han transmitido siempre en un contexto, más o menos explícito, que presupone una fuerte operación hermeneútica. Y esto es válido tanto o más para una colección de Dichos como Ev Th, si se acepta la hipótesis de su formación a través de un largo proceso de formación con las consiguientes modificaciones, adaptaciones, integraciones, contracciones, reinterpretaciones. La contribución que el Ev Th puede aportar al debate sobre la investigación histórica de Jesús es fundamental y me parece que no puede ser puesta en discusión. Ante todo, nos ha proporcionado un cierto número de dichos atribuidos a Jesús que no tienen paralelos en otras fuentes antiguas. Y esto es ya de por sí un factor relevante porque amplía la base documental a partir de la cual se sirve el historiador para reconstruir las vicisitudes terrenales de Jesús. Obviamente este material deberá ser cribado críticamente para verificar si pertenece a los estratos más antiguos o más recientes de la tradición; para verificar los ambientes en que podría haber circulado antes de la definitiva fijación por escrito y qué modificaciones o adaptaciones podría haber sufrido, y así sucesivamente. Pero estas son operaciones a las que el historiador debe someter todo el material que utiliza y, por lo tanto, valen tanto para el Ev Th como para los canónicos y para los apócrifos. Desde el punto de vista de la posible recuperación de las *ipsissima verba* de Jesús, hemos visto ya que el resultado es más bien desilusionante... Pero hemos visto ya también que la perspectiva de la

recuperación de las palabras “auténticas” de Jesús plantea más problemas de los que resuelve. En efecto, desde el momento en que Jesús no dejó nada escrito resulta muy difícil identificar, con criterios objetivos, entre todas las palabras que la tradición le ha atribuido, aquellas que él debía efectivamente haber pronunciado... En cualquier caso, es indudable que toda palabra de Jesús que la tradición ha transmitido ha llegado a sus destinatarios, y por lo tanto también a nosotros, filtrada mediante una interpretación que los transmisores han llevado a cabo a través de un proceso de selección (aparte de que no todas las palabras de Jesús se han transmitido)”

Claudio Gianotto, “*Il Vangelo secondo Tommaso e il problema storico di Gesù*”, en E. Prinzivalli (a cura di), *L'enigma Gesù*, pp.91-92.

LOS DICHOS Y LAS TRADICIONES QUE CONFLUYEN EN LA COMPOSICIÓN DE LOS EVANGELIOS.

El autor de cada uno de los Ev -no se debe distinguir si apócrifos o canónicos-, se sirvió de una gran diversidad de tradiciones precedentes, tanto escritas como orales, reunidas y reelaboradas de diferentes formas en base a sus propias orientaciones o tendencias. La labor de los exégetas modernos ha consistido en recorrer el camino inverso del que llevó al texto que conocemos, es decir, distinguir en lo posible las distintas fuentes de cada evangelista. El punto de partida de toda la investigación moderna ha sido conocer las relaciones que existen entre los Sinópticos dando lugar a la teoría de las **Dos Fuentes**: Lc y Mt dependen de Mc y, además, se sirven de la Fuente Q cuya existencia, primero hipotética, ha quedado confirmada por el descubrimiento del Ev de Tomás. Otra prueba es la existencia de Duplicados, es decir, *Dichos* que aparecen dos veces en Lc y Mt, una igual a Mc, otra diferente e igual entre ellos. Es el caso de Mt 13,12; Mc 4,25, Lc 8,18 frente a Mt 25,29; Lc 19,26. Otro dato importante: Lc y Mt se sirven también de materiales propios, es decir, que el otro no posee, lo que indica que beben de tradiciones diferentes.

Otro dato importante a tener en cuenta es que algunas de las tradiciones utilizadas por los Sinópticos son conocidas también por los Apócrifos. Pero esto no agota el conjunto de tradiciones que existían sobre Jesús pues Juan utiliza otras tradiciones que los anteriores desconocen.

Todo lo señalado demuestra que sólo conocemos una parte de las tradiciones, orales o escritas, que circularon sobre Jesús.

En cuanto a los *Dichos* se debe reconocer que nunca llegaremos a conocer la forma primitiva en que fueron pronunciados porque: a. Lo fueron en Arameo b. La forma literaria original puede haber sido modificada para facilitar la memorización y c. Un mismo *Dicho* pudo haber sido pronunciado en diversas ocasiones y con variantes.

Con todo, se siguen haciendo esfuerzos por remontarse a las formas originales y se han elaborado diversos criterios. E. Prinzivalli distingue estos cinco: 1. Criterio de múltiple atestación 2. Criterio del “embarazo” (considerar auténticas las palabras o acciones de Jesús que por diversos motivos crearon dificultades a las comunidades primitivas, como es el caso del bautismo de Jesús por el Bautista). 3. Criterio de la “desemejanza”: p.ej. el dicho de Lc “deja que los muertos entierren a los muertos” solo tiene paralelos, quizá en los filósofos cínicos. 4. Criterio de la “plausibilidad histórica”. 5. Criterio de la “coherencia”.

Pero, señala la autora, *no deben esperarse resultados inequívocos de su aplicación pues la labor del historiador no depende solo de la aplicación de una técnica, sino de la sensibilidad y de la inteligencia*, en *Introduzione a Ead., L'enigma Gesù*, pp. 15-16.

UNA NOTA SOBRE LOS DICHOS ISLÁMICOS DE JESÚS (de Sabino Chialà, *I detti islamici de Gesù*, Fond. L. Valla).

El carácter y valor de los *Dichos* que la tradición islámica de lengua árabe atribuye a Jesús es diferente de los otros Dichos: no se trata tanto de Dichos que hayan escapado a la tradición evangélica, como es el caso de otros muchos, sino más bien de palabras, de proveniencia variada, que ha conservado y transmitido la tradición islámica atribuyéndolas a Jesús. Se

podría decir que nos transmiten un Jesús islamizado, o un Jesús musulmán o, por decirlo mejor, un Jesús que habla al Islam.

El estudioso italiano G. Rizzardi, *Il fascino di Cristo nell'Islam*, Milán, 1989 ha estudiado la “fascinación” que Jesús, hijo de María (Isa ibn Maryam), ha ejercido sobre la tradición islámica. En el Corán, ciertamente, aparecen otras figuras no “musulmanas” como Abraham y Moisés que son mencionadas, incluso con más frecuencia que Jesús y que, por lo tanto, parecen revestir un papel más importante. Pero, si se toma la tradición islámica en su conjunto, el papel de Jesús aparece en todo su significado y *el Islam es la única religión, aparte el cristianismo, que reconoce a Jesús un puesto dentro de la economía divina.*

Sabemos muy poco de la historia de la transmisión de estos dichos y sobre la forma como comenzaron a circular. Es probable que en origen se tratase de dichos dispersos, siguiendo el género de los *hadith* que después se habrían insertado en forma de bloques en el interior de las diversas “historias de los profetas”. Su presencia masiva en algunos autores como Al-Ghazali hace pensar en la existencia, al menos a partir de un cierto momento, de colecciones más o menos amplias. En cuanto a las obras en que nos han llegado, se trata generalmente de colecciones de enseñanzas atribuidas a diversos maestros o ascetas musulmanes, o bien tratados sobre la vida espiritual que remontan a diversos “autores”, uno de ellos Jesús de Nazaret.

En cuanto a las colecciones modernas, la primera exhaustiva fue la del arabista español M. Asín y Palacios. *Logia et agrapha Domini Jesu apud moslemicos scriptores, ascéticos praesertim, usitata* en *Patrologia Orientalis* XIII, 1919, pp. 335-431 y XIX, 1926, pp.531-624: se trata de 233 dichos sin un preciso orden cronológico o temático. Un ulterior paso es el dado por el maronita libanés M. Hayek que en 1959 publicó en París la ed. francesa de *Le Christ de l'Islam* seguido de la ed. árabe de 1961 en Beirut: su mayor novedad radica en la disposición de los dichos con la finalidad de presentar una especie de “visión islámica” de Jesús siguiendo la cronología de acontecimientos relativos a su vida.

Completamente nuevo en su planteamientos y objetivos es la obra del palestino musulmán T. Khalidi, *The Muslim Jesus*, Cambridge, London, 2001; *Un musulman nommé Jésus*, Paris 2003; el texto en árabe, Beirut, 2003) que recoge 303 Dichos. La obra traducida a más de veinte idiomas hace que emerja con todas sus peculiaridades, el rostro del Jesús del Islam, un Jesús que, hundiéndose sus raíces en la tradición cristiana, recibe por la

influencia del Islam un colorido especial: ello le permite al autor hablar de un verdadero y propio “evangelio musulmán”. Un evangelio que es expresión de una reflexión sobre Jesús en el interior del Islam y, por lo tanto, es también un discurso de Jesús al Islam. Se trata de un Jesús que aparece como una figura relevante que, partiendo de las propias raíces de la tradición cristiana, no se revela simplemente como uno de los tantos profetas reconocidos por el Islam. Como ha escrito el propio Khalidi, “este Evangelio en su conjunto es la historia de una relación de amor entre Jesús y el Islam. Es, pues, el único caso de una religión mundial que opta por hacer suya la figura central de otra, terminando por reconocer a esta figura como constitutiva de la propia identidad” (*Un musulmán*, p. 14). Este papel asumido por Jesús “en el interior” de la propia identidad del Islam dio origen a la preocupación, presente especialmente en el Corán, por “corregir” las presuntas deformaciones sobre Jesús de las que serían responsables los propios cristianos. Se trata de un caso único pues para los otros profetas veterotestamentarios son aceptados sin más los datos tradicionales. El Corán habla, a propósito de Jesús, de purificación: “Dios dijo: <Jesús, eh aquí que te traigo a mí y te purifico de aquellos que no han creído>” (Corán, 3,55); condena a los “asociacionistas”, es decir, a aquellos cristianos que divinizando a Jesús, lo “asocian” a Dios (el equivalente de los “adopcionistas” cristianos): “No son creyentes (o son malos creyentes) aquellos que dicen : <Ciertamente, el Cristo, hijo de María, es Dios>, mientras que el Cristo ha dicho: <Hijos de Israel, adorad Dios, Señor mío y vuestro>. A quienquiera que hace asociados a Dios, Dios le cierra el paraíso; su refugio será el fuego; para los malvados, no habrá quien los defienda” (Corán, 5,72).

De hecho, para el Corán Jesús no es de naturaleza divina, aunque se le reconocen prerrogativas especiales como el haber nacido de una virgen sin intervención de un padre, prerrogativa que no se le reconoce al propio Mahoma. Entre ambos, a veces, se nota una especie de antagonismo, o una especie de preocupación porque las prerrogativas de Jesús no ensombrezcan al Profeta, “el Sello de los profetas” y, por lo tanto, el autor de “la revelación definitiva y completa” que estaría contenida en el Corán. En la tradición posterior, la *Sunna* o “costumbre” -término con que se designa el corpus de tradiciones de dichos y hechos atribuidos al Profeta y no contenidos en el Corán-, Jesús y su madre ocupan un puesto particular y en toda la tradición islámica se concede a María una importancia especial pues el Corán la declara “*la elegida entre todas las mujeres de los mundos*”

(Corán 3,42) y en la Sunna se dice que es la primera mujer que “*ha alcanzado la perfección*”.

La presente Colección de G. Rizzardi debe mucho a los autores precedentes y es la más completa, 383 *Dichos* con un amplio comentario de cada uno, organizados por orden cronológico de los autores de quienes están tomados, empezando por el Corán. Sin entrar en el análisis del rico contenido de los “*Dichos islámicos sobre Jesús*” se puede concluir diciendo que su mayor interés consiste, no en proporcionar una base para una confrontación entre el Jesús cristiano y el musulmán, es decir, entre dos “*cristologías*”, sino en poner de manifiesto una imagen diferente de Jesús, con todas sus peculiaridades. Por ello, la lectura de textos como estos puede proporcionar importantes puntos de reflexión, incluso para las relaciones entre el mundo islámico y el cristiano, que tienen un punto de encuentro indiscutible en la figura de Jesús de Nazaret.

Algunos ejemplos:

- Núm 34. “Jesús, hijo de María solía decir: *Si uno de vosotros da limosna con la derecha, que la esconda a la izquierda, y si ora baje delante de sí la cortina de su puerta. Ciertamente, Dios distribuye los elogios como hace con el alimento*”.

-Núm. 41. “Jesús decía: *Hacer el bien no es hacerlo a quien te lo ha hecho porque eso no es sino intercambio con una buena acción. Hacer el bien es que tú lo hagas a quien te ha hecho el mal*”.

-Núm. 47. “Jesús, hijo de María, solía decir: *En verdad os digo: comer pan de trigo, beber agua pura y dormir en el muladar con los perros es <aún> mucho para quien quiere heredar el paraíso*”.

-Núm. 66. “Jesús, hijo de María, ha dicho: “*El origen del pecado es el amor por el mundo, las mujeres son las trampas de Satanás, y el vino la clave de toda maldad*”.-

Núm. 84. “Vieron a Jesús salir de la casa de una prostituta le preguntaron: *Espíritu de Dios, ¿qué haces en casa de esa? Respondió: Es a los enfermos a donde va el médico*”.

DIVERGENCIAS ENTRE EVANGELIOS

Entre los Evangelios canónicos existen muchas convergencias, pero también múltiples divergencias. Se explican en la mayoría de los casos porque los Evangelios dependían de tradiciones independientes desconocidas entre sí. Algunos casos significativos:

- Juan dice que Jesús subió a Jerusalén cinco veces (dos para la fiesta de Pascua, una para la de las Cabañas, una para la dedicación del templo y una cuyo nombre no se indica). Por el contrario, los Sinópticos hablan de un único viaje.

- Los Sinópticos sitúan la predicación de Jesús en Galilea, Juan preferentemente en Judea.

- Según Juan la Última Cena no es una Cena Pascual porque el cordero es inmolado cuando Jesús es crucificado.

- Juan sitúa la expulsión de los comerciantes del Templo al inicio de la actividad pública de Jesús, no al final como los Sinópticos, y no le atribuye la importancia que tuvo para su arresto.

- En torno al 75 % del material contenido en Juan está ausente en los Sinópticos. Por el contrario, no contiene algunos elementos centrales para reconstruir la figura histórica de Jesús presentes en los otros.

- Juan nunca habla de que Jesús exigiese a sus discípulos más próximos abandonar casa, trabajo, familia y posesiones; ignora el *Pater Noster* -que por lo demás no es idéntico en Mt y Lc-, las palabras sobre el pan y el vino y un gran número de Dichos presentes en Mateo y Lucas, y casi todas las parábolas contenidas en los otros Evangelios.

- En Juan la temática del *Reino de Dios* es muy secundaria respecto a la de la *Vida* (cinco veces frente a las 46 de Mateo).

- Mateo no aporta la lista de los Doce, ignora la Transfiguración, y la bajada del Espíritu Santo (presente en los Hechos).

- Cerca del 30% de lo que Lucas narra no se encuentra en los otros Evangelios.

- También existen diferencias notables entre los Sinópticos.

.Lucas describe a Jesús actuando solitario en la primera parte de su actividad: los primeros discípulos son llamados con posterioridad respecto a la narración de Marcos y en circunstancias diversas (en Juan las divergencias son mayores aún); sólo Marcos, seguido por Mateo conoce los viajes de Jesús a Tiro, Sidón y la Decápolis.

.Una serie de hechos son narrados de manera diferente: así el episodio de la mujer que unge a Jesús con perfumes costosos es narrado de tres formas sustancialmente diferentes; en Lucas, Marta y María habitan en una aldea desconocida, pero no al sur de Israel como en Juan; Lucas ofrece una sucesión de los acontecimientos últimos en Jerusalén diversa de Marcos y Mateo (y obviamente de Juan) respecto a la indicación de los días; la parábola del Banquete está profundamente transformada por Mateo respecto a Lucas y Marcos en función de una relectura cristológica e histórico-eclesiástica.

.La gran divergencia en la formulación de las palabras de Jesús en los Sinópticos respecto a la restante tradición de la palabras en los primeros dos siglos demuestra con claridad que ninguna de las formulaciones sinópticas puede aspirar a ser la auténtica de Jesús: por ello el problema de qué es lo que auténticamente dijo e hizo Jesús se plantea en cada línea de los Evangelios.

.Es necesario distinguir la exégesis de cada escrito del N.T. de la teología del N.T. que, lógicamente, es una disciplina teológica, no solo exegética, que pretende interpretar la unidad teológica de los 27 escritos incluidos en el Canon.

-En conclusión, la investigación sobre las circunstancias históricas de la vida de Jesús es fascinante y no se termina nunca de descubrir aspectos nuevos, bien marginales, bien relevantes, que se manifiestan precisamente en las divergencias.

M. Pesce, *Da Gesù al cristianesimo*, pp.22-23.

La interpretación de un exégeta católico

“La aceptación de los cuatro evangelios supuso un reconocimiento implícito de que aquellos escritos no eran historias de Jesús, sino testimonios narrativos sobre él, que podían leerse de forma complementaria a pesar de sus diferencias y contradicciones. La naturaleza de los evangelios como testimonios narrativos se comprende mejor cuando se comparan con la obra de Taciano. El hecho de reducir la pluralidad de relatos sobre Jesús a uno solo revelaba, en cierto modo, un interés de tipo histórico: se quería tener una única historia de Jesús que se pudiera presentar como verdadera, solucionando así el problema que planteaban las divergencias entre los diversos relatos. Sin embargo, el hecho de aceptar relatos diferentes, incluso a veces contradictorios, pone de manifiesto que

los evangelios son, ante todo, *testimonios de fe*. Reconocer este hecho no soluciona el problema que plantean las diferencias entre los cuatro evangelios, sino que lo sitúa a otro nivel, abriendo la posibilidad de un *diálogo creativo entre ellos*. En este diálogo es importante reconocer la peculiaridad de cada uno, debido en parte a su arraigo en contextos y situaciones vitales diferentes, pero al mismo tiempo es necesario descubrir su complementariedad. En este sentido, la inclusión del Ev de Juan como parte del evangelio tetramorfo fue un hecho de enorme trascendencia, pues estableció una *dialéctica creativa entre visiones diferentes de Jesús*, de las que nunca se debería prescindir...

El reconocimiento de que los cuatro eran necesarios muestra también que la pluralidad de visiones de Jesús es imprescindible para entrar en un *misterio* que está más allá de cada una de ellas. En última instancia, la decisión de la Iglesia al proponer los cuatro evangelios como vía de acceso a Jesús expresaba una doble convicción: *que no hay un camino para llegar a él y que él está más allá de todos los caminos*". (Las cursivas son mías).

Santiago Guijarro, *Los cuatro evangelios*, Sígueme, Salamanca, 2010, pp. 538-539

¿Por qué es necesaria la investigación histórica sobre Jesús de Nazaret?

La respuesta de M. Pesce.

Algunos "apologetas" actuales defienden que la figura histórica de Jesús es fácilmente accesible a cualquiera en el Nuevo Testamento (N.T.). Los Evangelios canónicos serían, según ellos, documentos con valor histórico porque fueron inspirados por Dios. No existen contradicciones entre ellos porque su diversidad puede ser coordinada en una imagen armoniosa. La interpretación teológica de la figura de Jesús que los concilios de Nicea y Calcedonia formularon dogmáticamente en los siglos IV y V sería perfectamente fiel a las ideas ya claramente expresadas en los Evangelios canónicos y en el resto de los escritos del N.T. Por estos

motivos, no se debería buscar una fisonomía histórica de Jesús diversa de la que emerge de la armonización de los cuatro Evangelios canónicos a la luz del N.T. -el denominado “Evangelio Tetramorfo”- interpretado en base a la teología dogmática de la Iglesia antigua y comprendida de nuevo a la luz de la teología actual de la Iglesia Católica.

Por lo demás, no es necesario recurrir a tales afirmaciones para permanecer dentro de la fe cristiana. Estas afirmaciones son fruto de una teología restauradora, antimoderna y tendencialmente fundamentalista que no puede ser identificada tout court con la fe cristiana. Pero esto es para mí, en el fondo, secundario. Soy opuesto a estas afirmaciones, no por motivos religiosos, sino simplemente porque no son defendibles históricamente. Lo que quiero resaltar es que se trata de teorías históricamente indefendibles desde el punto de vista de la investigación histórica actual.

1-. El N.T. no existía en los siglos I y II. Por ello, recurrir al N. T. para reconstruir la figura histórica de Jesús es un anacronismo. No sabemos cuándo, pero el N. T. no fue fijado antes del s. III.

2-. El N.T. contiene sólo 27 escritos protocristianos y excluye un serie importante de obras que fueron escritas en el s. I, o a comienzos del s. II y que son fuentes muy útiles para reconstruir la fisonomía histórica de Jesús y de las primeras comunidades de sus seguidores, por ejemplo, *El Evangelio de Tomás*, la *Didachè*, la *Ascensión de Isaías*, la *Primera Epístola de Clemente*, los Evangelios judeocristianos, el *Evangelio de Pedro* y otros Evangelios conservados sólo fragmentariamente.

3-. En el siglo I los seguidores de Jesús no leían conjuntamente los cuatro Evangelios que mucho después fueron incluidos en el N. T. En ninguna comunidad de seguidores de Jesús existían los cuatro Evangelios, sino, probablemente, uno solo (por ejemplo, el de Pedro, o el de Tomás o el de Marcos, y así sucesivamente).

4-. Ningún Evangelio tenía una autoridad normativa respecto a los otros.

5-. En el siglo I y seguramente hasta la mitad del siglo II existía una rica y variada tradición oral sobre Jesús que disfrutaba de gran autoridad.

6-. Ninguno de los Evangelios después considerados canónicos se pensó que tenía más autoridad que las tradiciones orales que durante mucho tiempo subsistieron en la Iglesia antigua. Papías de Hierápolis, que era considerado discípulo de Juan, sostiene hacia el 120 que para él disfrutaban de mayor autoridad las tradiciones orales que las escritas: “*Si se daba el caso de venir alguno de los que habían sido seguidores de los ancianos, yo*

trataba de discernir sus discursos, qué había dicho Andrés, qué Pedro, qué Tomás o Santiago, o Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor, y lo que dice Aristón y el anciano Juan, discípulo del Señor. Porque no pensaba yo que los libros pudieran servirme de tanto provecho como lo que viene de la palabra viva y permanente” Frag. 4.

7-. Las Sagradas Escrituras judías eran consideradas todavía como normativas.

8-. Puesto que las comunidades de seguidores de Jesús no estaban totalmente separadas de las comunidades judías, seguían utilizando una serie de obras judías anteriores o también producidas en el siglo I. Por ejemplo, es muy probable que el autor del *Evangelio de Juan* conociese el *Apocalipsis de Abraham*.

9-. No es cierto que las obras recogidas en el N. T. sean las más antiguas de todos los restantes escritos protocristianos. Por ejemplo, las denominadas epístolas pastorales deuteropaulinas y las atribuidas a Pedro son más bien tardías.

10-. La investigación de aproximadamente los últimos cuarenta años ha demostrado que los cuatro Evangelios canónicos no constituyen la base utilizada por todos los otros Evangelios y por todos los otros escritos que después no fueron incluidos en el canon neotestamentario. Así, la *Didachè* no depende del *Evangelio de Mateo*. Las afinidades entre ambos escritos dependen de que ambos se han servido de tradiciones comunes anteriores. El *Evangelio de Tomás* unas veces depende de los Evangelios sinópticos actuales, pero otras veces no. Los Evangelios *judeocristianos* (de los Hebreos, de los Nazarenos, de los Ebionitas) no son una reescritura de los sinópticos, sino obras muchas veces obras independientes. La *Primera* y la *Segunda epístola de Clemente* y Justino (mediados del s. II) contienen diversas formulaciones de dichos de Jesús que son independientes de los conservados en los Sinópticos. El *Evangelio de Juan* es difícilmente comprensible sin un debate o contraste con tradiciones que confluyen en el *Evangelio de Tomás* y sin el conocimiento de la *Visión de Isaías* conservada en la *Ascensión de Isaías*.

Mauro Pesce, “Alla ricerca della figura storica di Gesù” en Emmanuela Prinzivalli (a cura di), *L'enigma Gesù. Fonti e metodi della ricerca storica*, Carocci editore, Roma, 2009 pp.106-107

Buena Sintesis de las diferencias entre el Jesús Histórico y la cristología o entre Fe e Historia en John P. Meier, Un judío marginal. Nueva visión del Jesús Histórico, T. Iv: Ley y amor, Verbo Divino, 2009, pp.29-53.

BIBLIOGRAFÍA BASICA

E. Schürer, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid, (1979), 1985.

A. Piñero, *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos*, El Almendro, Córdoba (1991), 1995.

J.D. Crossan, *Jesús: vida de un campesino judío*, Barcelona (1991), 1994.

-John P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*, Ed. Verbo divino.

T. I: *Las raíces del problema y de la persona.*

T. II: *Juan y Jesús. El reino de Dios.*

T. II/2: *Los milagros.*

T. III: *Compañeros y competidores.*

T. IV: *Ley y amor*.

G. Theissen-A. Merz, *El Jesús histórico*, Sígueme, Salamanca, 1999.

-L. Michael White, *De Jesús al cristianismo. El Nuevo Testamento y la fe cristiana: un proceso de cuatro generaciones*, Ed. Verbo Divino.

-Mauro Pesce, *Da Gesù al cristianesimo*, Ed. Morcelliana, Brescia, 2011.

-Mauro Pesce- Adriana Destro, *L'uomo Gesù. Giorni luoghi, incontri di una vita*, Mondadori, Milano, 2008.

-Mauro Pesce. *Le parole dimenticate di Gesù*, Fondazione L. Valla - Mondadori, Milano 2005.

-Santiago Guijarro (Coord.), *Los comienzos del cristianismo*, U. Pontificia de Salamanca, 2006.

-Rafael Aguirre (Ed.), *Así empezó el cristianismo*, Verbo Divino, Estella, 2001.

-Rafael Aguirre, *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana: ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*, Verbo Divino, Estella, 2009.

-Carmen Bernabé-Rafael Gil (eds), *Reimaginando los orígenes del cristianismo: relevancia social y eclesial de los estudios sobre el origen del cristianismo. Homenaje a Rafael Aguirre en su 65 cumpleaños*, Verbo Divino, Estella, 2008.

Sabino Chialà (a cura di), *I detti islamici di Gesù*, Fondazione L. Valla, _Mondadori, Milano, 2009.